

del llanto y se hace una exposición crítica de las teorías que, respecto de él se han propuesto hasta el presente.—*R. C. M.*

## HISTORIA

LA TRADICIÓN DE AMÉRICA, por *Enrique Ruiz Guiñazú*.

La historia americana comienza a dejar su índole erudita y a trocar el pasado detallismo por la síntesis y la concreción. En Argentina esta tendencia ha logrado últimamente dos o tres éxitos innegables: el libro de Ibarguren sobre Rosas, el de Palcos sobre Sarmiento y el de Schoo Lastra sobre los indios de la pampa. En tales obras se descubre la filiación inconfundible de un gran pueblo y se aporta mucho al sólido sentimiento de la nacionalidad.

El crisol de sangres y razas que es la Argentina, contra lo que creen algunos tiende a unificar esos caracteres antagónicos en un denominador común. El gran experimento de fusión étnica ha producido un tipo definido.

El argentino de hoy es nacionalista como los son pocos americanos.

A ello ha contribuido, en gran parte, la literatura interpretativa, en que los historiadores como Ricardo Rojas, Levène, Levillier y Lugones han tenido primordial participación.

Ruiz Guiñazú, en la obra que motiva este comentario (1) presenta las ventajas e inconvenientes

de la argentinidad. Muéstrase seguro y, a ratos, pedante. Manifiesta una tendencia visible a escribir de un modo engolado y arbitrario. Las síntesis, que suelen ser felices, tienden otras veces a lo obscuro y a lo exagerado. No falta ni el brillo ni la vulgaridad. En suma, el tema resulta de una intención muy vasta para el autodidactismo del historiador. Pero de sus datos y referencias, de su intención honrada y documental, surgen llamaradas vivísimas que aclaran la genealogía de nuestra fecunda tradición americana, de esta busca de nosotros mismos en que se empeñan los hombres del Caribe como los hijos de la Patagonia.

América nace entre un tumulto de sangre y de visiones. El vello-cino de oro empujaba hazañas desmesuradas y hechos fabulosos. Fernández de Oviedo fija las razones de la conquista en la «pobreza de los unos, la codicia de los otros y la locura de los demás».

Conviene precisar que en el fermento de la compleja población española de América hay un rico caudal: la inadaptación al medio. Los hombres de la conquista eran no conformistas. Entre ellos solían mezclarse el judío que eludía los tabús cristianos, el ambicioso, rico de sangre aventurera, el militar, encendido de codicia y el segundón despechado.

Causas religiosas y económicas alejaban de España a estos hombres, cuya verdadera genealogía solo ahora comienza a escrutarse. Gentes disconformes y ricas en recursos escribieron la gesta más vasta de

(1) Buenos Aires. El Ateneo 1930.

la historia de las colonizaciones.

A ese momento siguió otro de fijación: el instante místico de los evangelizadores que, según Ruiz Guñazú, es paralelo al feudal de los encomenderos y a ambos, el municipal de las ciudades.

El número relativamente crecido de hidalgos que toma parte en estas empresas da la explicación de un carácter común a la psicología sudamericana: la fanfarronería nobiliaria, el deseo de atropello, la arbitrariedad, ese toque de andalucismo o de extremeñismo que se refleja en sucesos estruendosos de la vida colonial. El pueblo chileno, por ejemplo, tiene una encendida nota andalucista en sus gustos y predilecciones. La alta clase, severa y dominante, caracterízase por un vasco empaque. El roto, por el contrario, busca la disonancia y admira a tipos audaces, ya sea al guerrillero como Manuel Rodríguez, al agitador sempiterno que es Carrera o al disconforme aristócrata Balmaceda, cuya ruptura con la oligarquía parlamentaria aun es galardonada con retratos en las habitaciones populares. Así se explica que el tipo más grande en la literatura chilena sea el Huaso Cámara, fijado por Blest Gana, en *Durante la reconquista*.

Muy bien se observa otro de los caracteres de la psicología americana en el libro de Ruiz Guñazú, cuyo valor consiste más bien en lo que sugiere por sus referencias a lo que precisa por su conclusión. Nos referimos a la exaltación personal.

El primer período de la colonia,

el anterior al vasco manso y especulador, se caracteriza por la falta de espíritu práctico. Los conquistadores, más que codiciosos vulgares, eran pródigos a quienes alucinaba una fiebre de oro y de poderío. Bunge anotaba en ellos una prodigalidad invertida, una prodigalidad de adquisición. Así fueron dilapidados los tesoros del Perú. En cada acto se ponía orgullo y deseo de deslumbrar a los otros. Se buscaban los tesoros incaicos y se iba tras el mito de la Ciudad de los Césares con el fin de adquirir caudales para echarlos por el cauce pródigo de esas vidas. Hay que separar, pues, en una reconstrucción del carácter americano esos dos períodos: el de la conquista, que crea un tipo fanfarrón y dilapidador; y el de la colonia, que aconcha las ansias y suaviza las asperezas de los soldados orgullosos. De entonces también queda en los americanos una sed de riqueza rápida, la fiebre minera, el orgullo del linaje y cierto tinte dilapidador que no abandona al criollo hasta hoy.

Con esta inundación de descontentos entró a América un sinnúmero de costumbres y danzas que, más tarde, se desfiguran y vuelven a Europa con diversos y hasta irreconocibles matices. Los toros andaluces pasan a América, y las corridas de Caracas, Lima o Bogota se diferencian en pequeños y típicos adornos. El *roto* y el *pelado* muestran su andalucismo en tradiciones y gallardías diversas, pero con un fondo idéntico. Así, con el tiempo, algún músico ingenuo se explica el origen de la cueca en la zambra,

baile moro, descartando su innegable carácter africano.

La conquista pasea por América una inquietud violenta. De un extremo se alza Lope de Aguirre, comparado a Nerón y a Heliogábalo por Ercilla. No menos audaz es Pedro Chamijo, andaluz cuya estampa ha fijado en eternidad el Padre Lozano. Y a su lado se yerguen, fecundos en audacias y disonancias, esos progenitores del feudalismo criollo que fueron Francisco de Aguirre y el no menos curioso Juan Fernández de Potosí, que quiso ser jurado por rey. Razón tenía Cervantes para decir que América era

Refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados y salvaconducto de los homicidas...

Ruiz Guiñazú se detiene poco y sin felicidad en los rasgos sombríos del carácter conquistador. Hace leves observaciones sobre la escultura religiosa del Cuzco y de Quito y dice que en sus trazos se percibe una nota dolorosa. El carácter religioso de la época española de América aun no ha sido profundizado por un intérprete moderno. Bastarían las obras de Medina sobre la Inquisición en Lima, Cartagena de Indias, Santiago y Méjico para devolvernos rasgos profundos de la sensualidad y del sentido religioso de entonces, que muy a menudo se fundían y confundían.

El feudalismo americano también es un aspecto curioso que se estudia en *La tradición de América*. Hernán Cortés armó caballeros, y el Duque

de la Palata se arrogó facultad de crear títulos nobiliarios de nuevo cuño. No es raro, pues, que después quienes carecían de tales noblezas las buscaran en la compra y en la alianza con gentes alcurniadas.

Del complejo individuo que era el encomendero nació, más tarde, el cacique, típico ejemplar de la fisonomía americana. Don Juan Manuel de Rosas hizo el Reglamento de las Estancias y preparó así al violento estadista que trataría feudalmente a los argentinos. En la encomienda se hallan las ocultas raíces de la organización política americana. En Venezuela, en nuestro siglo, vemos todavía que un hombre pastoril, un tipo ruralista prepotente, salta del Táchira a gobernar la patria: Juan Vicente Gómez. El encomendero fija su mentalidad en un culto egolátrico. Hipertrofia su yo. Así, más tarde, el hombre que dirige arreos gigantes o que cosecha trigo, azotando esclavos o explotando labriegos, quiere dar el salto hasta la silla presidencial o, en otros estados, a la gobernación, especie de cacicazgo pequeño que delegaba el Primer Mandatario.

La afición al lujo surgió en América en sitios lejanos a la guerra. El poderío se mancomunaba a la altivez; y juntos hacían el compuesto de la psicología de hijodalgos y señorones.

Mientras leímos el libro de Ruiz Guiñazú, rico en sugestión a pesar de sus innegables defectos y generalizaciones, nos vino a la mente más de una idea explicatoria de la

índole actual de la sociedad americana.

Todos esos capitanes de empresa: hidalgos, letrados a medias, oidores y clérigos; todas esas mujeres abnegadas de la Conquista y dueñas plácidas y preñadas de buen sentido en la Colonia, parecen todavía su pervivir en el seno de nuestras sociedades americanas. El progreso evidente, el despertar de lo sexual, la libre vida de hoy, no bastan a derrocar todo lo que acumuló Santa Colonia en millares de días espesos e impenetrables. En libros como el de Ruiz Guiñazú puede mirarse, en fino y plateado espejo ese pasado, del que aun subsisten muchas tradiciones y por cuya causa todavía se tejen muchos dramas.

Aprenderemos así a buscar la verdadera filiación del criollo, que si mucho debe a España en gallardía y nobleza, en ambición y falta de espíritu práctico, no poco de su desgracia también. ha logrado de esos antepasados. América sigue en muchas cosas aferrada a lo colonial, y lo español, tan rico y colorista, nos ha transmitido espantosos defectos por la herencia pesada de prejuicios y falsas tradiciones.

Resumiendo, diremos que en el presente de América, sobre todo en lo político, la tradición española aun hinca su garra. Si España produjo más leguleyos que políticos y más juristas y teólogos que hombres de gobierno en el genuino sentido de la palabra, no es menos cierto que América ha sido más rica en tipos de caudillo y en generalotes ávidos que en estadistas.

De España heredó nuestro pueblo su andalucismo, su limitado sentido del progreso, su resignación dolorosa ante el mal. España se queja durante decenas de años de los daños del caciquismo y aun sigue soportando a los herederos del cacique civil, a los espadones estólidos que reemplazan a los Lerroux, a los Dato y a los Albas de ayer.

El momento, propicio a las revisiones y revaluamientos de la Historia, puede dar una obra definitiva en que nuestro debe y haber con respecto a la Península quede grabado con definidos caracteres. Hora es ya de estrangular a la Leona de Castilla, de echar a pique las carabelas de Colón y de aventar las cenizas del Cid para dar paso a otro sentido de las cosas pretéritas. Ni hispanismo de Ateneos apolillados y Uniones Iberoamericanas ni historia empapada en prejuicios a lo Robertson y a lo Raynal.

Con aportes como el que motiva nuestro comentario, tal labor será posible en un futuro que deseamos.  
—Ricardo A. Latcham.

## NOVELA

LEPRA DE ORO, por *Victoriano Lillo*

En otra ocasión he notado en estas mismas páginas la escasa repercusión que tienen entre nuestros novelistas las transformaciones que la técnica de la novela ha sufrido en los últimos años. La mayoría de los novelistas chilenos siguen cultivando una manera de hacer novela que alcanzó su culminación